

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
San Andrés, 33, 1.º izq.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO III.—TOMO II
11 de Enero de 1890.
NUMERO 67.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

JACINTO OCTAVIO PICON

Nuestra galería se enriquece hoy con una de las figuras más simpáticas de la república literaria.

Como crítico inteligentísimo de artes, goza merecida reputación de erudición y de buen gusto, justificada plenamente en sus *Apuntes sobre la historia de la caricatura*. De escritor correcto, castizo y elegante, lo acreditan sus preciosas novelas *Juan Vulgar*, *La hijastra del amor* y la última publicada, *El enemigo*, de cuya obra dice un compañero nuestro de redacción:

«Después de haberla leído, digo siempre al persignarme:

Por la señal de la Santa Cruz...
de nuestros enemigos
libranos, Señor;
pero danos muchos
como el de Picón.»

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.

Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NUMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



APONS

CUENTA CORRIENTE



JULIO Mayo y Abril, aunque á primera vista parezca un trimestre, es una persona; es decir, que son tres meses distintos y un solo amigo mío verdadero.

Julio es una persona excelente, un hombre muy cumplido y muy correcto, como ahora se dice, y tan sumamente esmerado y formal en todas sus cosas, que aun sus cuentas particulares, las lleva al día con un cuidado y una minuciosidad extraordinarios.

Todos los años, antes de que llegue el 31 de Diciembre, compra la *Agenda* ó *Dietario* para el año siguiente, y al dar la última campanada de las doce de aquel día, que anuncia la entrada del año nuevo, abre su libro para encabezarlo con el resultado del balance del año anterior.

Fiel á sus prácticas, hízolo así este año, y acostumbrado á que casi todos los anteriores había cerrado sus cuentas con satisfactorio *superávit*, escribió distraído en la primera línea de la hoja correspondiente al miércoles, 1.º de Enero: *Existencia...*

Apenas lo hubo escrito, quedóse parado y confuso, recordando que la liquidación del año último había sido desastrosa; que había tenido pérdidas, enfermedades, gastos crecidísimos, y que no le había quedado, para comenzar este año, ni una peseta, ni un real, ni un céntimo.

Había necesidad de tachar la palabra escrita; pero esto era una cosa fea, una informalidad en las cuentas, que no podía consentir la esmeradosidad de mi amigo.

Meditó breves momentos, y después, dándose primero una palmada en la frente, escribió con resolución:

Existencia..... La propia...

Año terrible ha sido el de 1889. Inmenso es recordar las desdichas, las calamidades, los males que con funesta prodigalidad ha dejado caer sobre todos.

Su despedida no ha podido ser más cruel.

La herencia que ha dejado á su sucesor no puede ser más horrible.

¡Dichosos los que, al abrir—aunque tarde—la cuenta corriente que nos proponemos llevar al año de 1890, podemos escribir en la primera línea, como el amigo de mi cuento:

Existencia..... la propia!

Las primeras partidas que tenemos que consignar á cargo del año nuevo son de tal índole, que á su lado resultan buenas las del año anterior, aun con haber sido en su mayoría partidas... serranas.

Ya LOS MADRILES, en su número último, ha dado noticia de la muerte del ilustre artista Julián Gayarre, asociándose, con pesar sincero, al duelo general, tan espontánea y expresivamente demostrado en el acto de la conducción del cadáver, que fué—á pesar de la crudeza del tiempo y del temor que á todos inspira—imponente y grandísima manifestación del cariño que el público de Madrid profesaba al tenor insigne y del dolor inmenso que á todos afligía.

Hubo, sin embargo, una excepción notable y un detalle, que he leído en varios periódicos y es digno de ser recordado.

Al pasar el cadáver del eminente artista por delante del Ateneo, Sociedad que preside el ilustre hombre de Estado D. Antonio Cánovas del Castillo, no hubo la más insignificante señal de duelo.

Ni una comisión que acompañara su cadáver, ni una corona, ni una flor, ni un recuerdo.

Julián Gayarre había sido *rey* de la escena lírica, *rey* aclamado con verdadero entusiasmo por el mundo entero, *rey* solicitado y aplaudido y adulado por los mismos Reyes, que acaso le envidiarían en el fondo de su alma.

Acaso, acaso, alguno hubiera cambiado su pesada corona de oro por la corona de laurel del artista, los fastuosos esplendores de su trono por los brillantes triunfos de la escena, las sangrientas victorias de la guerra, por los hermosos éxitos del Arte, las serviles é interesadas adulaciones de sus farsantes cortesanos ó de sus mercenarios aplaudidores, por las entusiastas y espontáneas ovaciones de un público verdaderamente conmovido, electrizado, frenético y delirante de cariño y de admiración.

Julián Gayarre era un *rey* que, para sostener su reinado, no tuvo que verter una gota de sangre ni que hacer derramar una lágrima.

En su muerte no necesitaba las aparatosas demostraciones del fingido duelo cortesano, sujeto á ceremonial, ni aun siquiera la manifestación más insignificante de pesar de ningún ilustre hombre de Estado. Si desde el otro mundo se ven las grandezas y las miserias de éste, debe bastar al gran artista el dolor inmenso de sus admiradores y las sinceras lágrimas de los muchísimos á quienes unió en vida con los inquebrantables lazos de la amistad ó de la gratitud.

A los que puedan extrañar ciertas cosas, se les podrá contestar algo parecido á lo que respondieron la otra noche á

uno que se sorprendía de que, habiendo llegado Gayarre á ser millonario y eminencia, nunca le dieran *don*, llamándole todo el mundo, con singular llaneza, *Julián Gayarre*.

—Dios y la naturaleza habían concedido á Julián un *don*, que él solo poseía... No le hacía falta ese otro *don* que lo mismo se da á un caballero de industria que á un caballero... de verdad.

«Julián Gayarre, compañero del alma. Nos veremos pronto...»

Estas palabras escribió el célebre barítono Jorge Ronconi, al tener noticia de la muerte de Gayarre, y no ha tardado en cumplirse su fatal presentimiento.

El anciano cantante, que era hacía quince años profesor del Conservatorio de Madrid, que antes de retirarse de la escena—como dice un cronista—había compartido con el insigne tenor Mario éxitos grandísimos, paseando por Europa el cetro del arte lírico, ha muerto en la madrugada del día 7, en una modesta casa de la calle del Reloj, pobre y olvidado. ¡Qué terribles vicisitudes y qué amargas decepciones ofrece la vida!

La cuenta corriente del año no puede empezar más triste ni más desconsoladora.

Dispénsenme mis benévolos lectores; pero ya comprenderán que no es culpa mía.

Ustedes dirán que soy un *tenedor* de libros como aquel que pinta Blasco en *El Anzuelo*:

«Un tenedor que tenemos clavado en el alma...»

Pero... ¿qué se le ha de hacer, si al buscar partidas que sentar en la cuenta no encuentro más que partidas... de defunción?

De otros asuntos hay poco que decir en el momento en que escribo, y todos son igualmente tristes.



¡BUENA PROPORCIÓN!

—Yo quisiera ser la taza que tiene usted en la mano, para que usted me cogiese y me acercase á sus labios.

Quisiera ser el café para desvelarla un rato... —(¡Tonto y con gabán de pieles! ¡Qué fortuna si lo enganchó!)



PLANTAS... POR PLANTAS...

—Lolita, usted me enamora;
Dolores, usted me encanta
y quiero pasar la vida
siempre rendido á sus plantas.

—¿A mis plantas? ¡Lindo antojo!
Pues bien; si usted no se cansa
puede pasarla rendido...
á las que tiene á su espalda.

La enfermedad reinante sigue causando numerosas víctimas; los partes de la dolencia del Rey son alarmantes; la crisis no se ha *conjurado*, precisamente por las dificultades que han puesto los de la *conjura*; las noticias telegráficas sólo se refieren á pérdidas de cosechas, á *irregularidades* que se descubren, á teatros que se queman ó que se cierran.

En Barcelona se han cerrado seis en lo que va de año; en Madrid, el que no se ha cerrado tiene ya al empresario en la puerta, con la campanilla en la mano y en la actitud del monaguillo dispuesto á decir:

— ¡Que se va á cerrar!

Los teatros del extranjero que, según los telegramas, se han quemado en estos días, son: el de Zurich, en Suiza; el de la Bolsa, de Bruselas, y el Alcázar, del Havre.

Leyendo estas noticias, decía anoche un empresario amigo mío:

— ¡Vea usted lo que son las cosas! En el extranjero se queman los teatros, y aquí somos los empresarios lo que estamos quemados.

FELIPE PÉREZ.

RETAZOS

Tus mejillas de rosa son preciosas:
pero no sólo á mí me maravillas,
pues también las pintadas mariposas,
creyendo que son rosas,
siempre van á posarse en tus mejillas.

Cuando se casan dos, según yo creo,
si les lleva el cariño paso á paso,
les lleva muy ligeros el deseo.

Me clavó sus espinas una rosa
y queriendo vengarme, vida mía,
te la mandé á tu casa, Luisa hermosa,
para ver si de envidia se moría
al contemplar tu cara tan preciosa.

J. RODAO.

ENFERMOS ILUSTRES

—Yo escribiré ese título, dije á mi querido amigo Franco y Rodríguez, que se ha lamentado de los sinsabores de su profesión facultativa.

Y efectivamente; yo, que no soy médico ni cómplice, puedo, con independencia española, volver por la clase á que no pertenezco *entudia*, como dijo aquel mozo sorteable y sorteado, que alegaba ser hijo de viuda.

—¿No tienes padre? le preguntó el presidente de la Comisión provincial.

Y el mozo respondió:

—Entuadía no.

Quiso decir, según sospechas:

—Ya no.

Pues yo ni *entuada* ni *endenantes* he sido médico.

Pero admiro y respeto á la ciencia y á los hombres que la profesan.

De muy antiguo conserva el vulgo la creencia de que cada persona «muere de la enfermedad que padece y del médico que la asiste.»

Y cuando lo decía D. Francisco, el de la torre de Juan Abad por aquel entonces, pudo tener razón.

Pero ello es que, en cuanto nos vemos indispuestos con nosotros mismos, en quien pensamos es en el médico.

¡El médico!

Cuando se oye el anuncio de su entrada en la casa del enfermo, éste y su familia, si la gasta, se sienten como aliviados de un peso.

Hablo moral y espiritualmente; no aludo al que han de pagar por visita, los que pagan, que les hay tramposos de suyo hasta con los que le hacen la salud, que vale más que hacerle un terno.

Y con esto no quiero recomendar á las gentes que no paguen á los sastres.

Verdad es que sinnúmero de sujetos no necesitan la recomendación para dejar de pagarlos.

Quise decir que entre *hacerse gabán* y *hacerse bueno*, lo primero es lo segundo.

No hay para qué apuntar que cuando muere un individuo cualquiera del gremio de los mortales, así la familia como los amigos y conocidos del difunto, se le echan al médico.

Si sale con pellejo y cura (no con sacerdote, sino curado de un padecimiento), los supradichos miembros de la familia del paciente que fué, los amigos y demás personas de su intimidad, pregonan las excelencias de la naturaleza del enfermo y la intervención más ó menos directa de varios agentes sobrenaturales y demás.

Todo menos atribuir al médico ni á la ciencia la restauración del enfermo.

Pero cuando los pacientes son personas ilustres, vamos al decir, ó muy conocidas, la situación del médico es terrible.

En parientes de poco pelo nadie se ocupa.

Cuando más, como queda dicho, sus allegados.

Aun la misma vecindad mira con indiferencia las desdichas de un X.

—Ha caído un pájaro, dice una vecina.

—¿Quién? pregunta otra.

—Ese barrendero de la buhardilla número 7.

—¿De qué?

—De alguna borrachera.

Es decir, que empiezan por llamarle «pájaro», ó «besugo», ó «pez», y concluyen el panegírico atribuyendo la defunción á una borrachera.

—Señá Fulana, ¿sabe usted quien ha muerto?

—¿Quién, hija?

—Aquel pollero de la calle de..., aquel tan gordo.

—Habrás sido de sobreparto.

—Del trancazo.

—¿Del trancazo?

—Sí; entró un hombre la otra noche en la tienda, y, no se sabe por qué, le dio un palo en la *nunca*, y abur.

—¡Ay! Como se mata á los conejos. Pero no sería en la *nunca*, porque no le habría matado; sería en la *nuca*.

—Eso es. ¿Qué más da? Pues ha salido aleteando el pollero; esta mañana, vamos, le han sacado.

Oficialmente no se cuenta á los muertos que andan mal de ropa, ni como difuntos siquiera, sino como cadáveres que es la misma graduación.

Esto me ha dicho un académico casero que cree que puede decirse lo mismo «destituir» que «defuncionar» á cualquiera.

Pero los enfermos temibles son los conocidos.

El médico á quien toca un enfermo ilustre, ya puede ver lo que hace.

Cuando se salva, dice el coro de amigos:

—¡Bien, doctor, bien! Ha merecido usted bien de la patria. Verdad es que tiene Fulano una naturaleza...

—Sí; ¡una para él solo!

La prensa pregonará la fama del doctor.

Ha hecho su carrera, si no la tenía hecha.

Pero si cae el enfermo, si sucumbe, porque alguna vez, según el

compromiso contraído, «habemos de morir»,

¡adiós reputación del médico!

—¡Qué animal!

—¡Qué asesino!



ESTRELLA... ERRANTE

Joven, primorosa, lista siempre jovial y bromista, pero honrada como bella, era la graciosa Estrella oficial de modista.



Eslava de su deber, del dinero y del placer la seducción resistía, y aún su maestra decía: —¡Es la *estrella* del taller!



Pero el trabajo iba mal, no producía un real el oficio de modista, y un día... entró de corista, no recuerdo en qué *corral*.



Al director le gustó: Estrella á tiple ascendió á los tres meses ó cuatro, y todos decían: —¡Oh! ¡Es la *estrella* del teatro!

—Ese no es un facultativo, es un puntillero.

—Bien, un puntillero facultativo.

—¡Pero, hombre, si el enfermo padecía de tisis pulmonar y empezó á curarle por quebradura!

—¡Qué horror!

—Le recetó *Alcali volatinero* para la calentura.

—¿Y por qué no se le lleva á los Tribunales?

—Y se le recoge el título.

—O se le da un golpe... y repique, opina un caballero injerto en chulo (último figurín).

Esto sin contar las preguntas que dirigen los aficionados caseros al médico de cabecera, y los consejos que le dan y lo que le molestan.

De manera que entre ser médico vivo y de enfermos ilustres, y ser *cadavre* ilustre, es preferible ser lo segundo.

EDUARDO DE PALACIO

MISCELÁNEAS

I

—¿Das hoy un banquete?

—Sí.

—Lo supe en el Ministerio.
—¡Si de ello no hago misterio!
Como hace un mes ascendí, el suceso celebrando cuatro amigos convidé.
No te vayas, quédate, aún los estoy esperando.
Una juerga siempre alegra el ánimo.

—Dices bien; pero han dicho que también esperas hoy á tu suegra.
—Y á esperarla me acomodo como aquel que espera un palo.
—¿Pero vendrá?

—¡Siendo malo siempre hay que esperarlo todo!

II

—Chico, no te dejas ver por el café. ¿Dónde vas?... ¿Qué tienes? ¡Qué triste estás!...
—He perdido á mi mujer.
—No sabía... ¿Conque lloras á una esposa idolatrada...?
¡Valor! —Me fué arrebatada ¡ay! en poquitas horas.
—¡Ya! ¿Por una pulmonía? Abundan mucho, según...
—¡Arrebatada por un capitán de infantería!

III

—¿Conque el yerno?... Ya, ya sé lo que es eso, Nicanora.
¡Lo que el mío me encocora!
—¡Del mío no me hable usted!
¡Es mi tormento mayor!
—De fijo que usted quisiera que el tunante se muriera presa de horrible dolor, y sin calma y sin consuelo padeciese noche y día...
—No, no tal: ¡me bastaría con verle subir al cielo!

IV

De un General bravucón que sirvió en caballería y, según fama, tenía muy poco de Salomón, cuentan que en una revista que acababa de pasar, queriéndola el hombre dar de severo ordenancista, una arenga pronunció en tono muy levantado,

Al artístico oropel prefirió el oro á granel: se hizo coqueta y venal, y tuvo landó y hotel y hasta abono en el Real



Fué reina del *Demi-monde* y todos decían: —¿Dónde encontrar una más bella? ¡Es la *estrella* del vizconde... del vizconde de la Estrella!



Tras el vizconde, un banquero, luego un viejo con dinero, uno de Estado Mayor, un jugador, un tendero y un chulo... de lo peor.



Y hoy... no falta quien estalle viendo su gracioso talle, y diga al fijarse en ella: —¡Es la *estrella* de la calle... de la calle de la Estrella.

URBANO CORTÉS.

VARIEDADES



PASO Á DOS

—Siempre que bailas ese paso, no sabes lo que yo paso, porque me parece que miras á Arturo de paso, y por eso es por lo que yo no paso.
—¿Sí? ¡Pues vaya un paso!



COMPETENCIA

—Le advierto á usted, señor de guardia, que yo puedo ser concejal el día menos pensado y entonces le quito á usted el destino.
—Y yo le advierto á usted, señor de burracho, que el día que usted sea concejal puedo yo ser gobernador, y entonces lo suspendo á usted como ahora.



PLATO DEL DÍA

—¡Ay Juliana, cuánto llueve!
—Yo me he puesto hecha una sopa.
—¿Una sopa... Juliana?
Pues no extrañes que te coma.

en que el deber del soldado de esta manera explicó:

«Soldados: para poder ganar acciones honrosas, sólo hacen falta tres cosas. Tres. ¡Mandar y obedecer!»

Esto, que oyó un ayudante, entre confuso y corrido, acercándose á su oído le dijo en el mismo instante:

«Pero, General, por Dios, debe usted rectificar. Obedecer y mandar, nunca han sido más que dos.»

Y á esta observación atenta le replicó el General:

—¡Hombre, no sea usted animal! ¿Es que la *y* no se cuenta?»

E. NAVARRO GONZALVO.

EL ENTIERRO EN EL CAMPO (1)

Al medio día se llenó la casa de gentes vecinas. Acudieron palurdos con la vara metida en la faja por la espalda; lugareños de lenguaje tosco, que decían todo género de dislates; mujeres de tez cobriza, curtida por la intemperie, con pañuelos de florones al talle y burdos zapatones, que asomaban bajo los refajos amarillos, y una turba de chicos harapientos, que, en pernetas, con los moccos colgando y riéndose alegremente, venían dando saltos y brincos por las enlodadas cunetas del camino. También llegaron el alcalde de Orejuela, con bastón de borlas, el boticario, el cura, un posadero que tenía en arrendamiento tierras de Susana, y un hombre joven, mejor vestido que los demás, que era el médico del partido, deseoso de conocer al doctor Mora, cuyo nombre había cien veces leído en los periódicos.

El cura venía algo amoscado, porque no le llamaron con tiempo para administrar á la difunta; pero Perico le amansó fácilmente, diciéndole primero que el ataque fué fulminante, y después esperanzándole con la promesa de muchas misas; así que el clérigo, depuesto el enojo, se subió á rezar á la alcoba.

Luego entre ambos médicos lo dispusieron todo. Al cabo de una hora vino del pueblo un mocetón guiando un pollino que, atravesado sobre la albarda, traía un ataúd de pino, recubierto de percalina negra y ribeteado con cintas amarillas, que formaban una cruz sobre la tapa. No lo había en Orejuela más lujoso.

Plácida no probó bocado. Al niño le dieron leche de cabra, que bebió con delicia. A Perico se le quiso llevar el médico para agasajarle en su casa; pero él no lo consintió.

A las seis de la tarde Plácida, que aborreciendo la casa se bajó al huerto con el niño, observó que cuantas personas la rodeaban se iban alejando con diversos pretextos; y presumiendo el motivo, cogió en brazos al pequeñín y se precipitó hacia el zaguán.

El humilde cortejo, más triste cuanto más abigarrado, había salido del portón y llevaba andados unos cuantos metros de carretera.

Delante marchaba una docena de chiquillos con velas que les habían repartido, y á las que iban arrancando la escurriduras de la cera. Dos guardas, un

(1) De la novela *La Honrada*, próxima á publicarse (con dibujos de Pellicer), por la casa *Sucesores de Ramírez*, de Barcelona.

OCURRENCIAS



CUESTIÓN DE NOMBRES

—Mi mujer está *dengosa*; su primo es un bribonazo, y á mí una duda me acosa... Como sepa alguna cosa el *dengue*... vaya ser *trancazo*!



CUESTIÓN DE NOMBRES

—Non recibe su excelencia...
—¡Calamba! ¡Qué inconveniente!
—Está desde el día veinte en cama con... la *influenza*.
—¡Clalo! ¡Si es tan *influyente*!



CUESTIÓN DE NOMBRES

—Mire usted, amigo mío... ¡Jé, jé!... Yo también he sido tonto... No hice caso de los consejos que me dieron... ¡Jé, jé!... Me casé y ahora... ahora estoy tocando las consecuencias.
—(¿Por qué le llamará este caballero *consecuencias* á mis rodillas?)

ANTE EL ESPEJO



MONÓLOGO

Preciso es confesar que como joven, soy joven, como guapo, soy guapo, y como elegante, soy elegante, y, sin embargo, Severa me ha jurado que ha de ser siempre conmigo severa... ¡Se verá!

¡Cuán loca y caprichosamente suceden las cosas de la vida! ¿Quién le había de decir, años atrás, que aquel hombre enterraría a su madre? ¿Con qué y cómo le pagaría lo que estaba haciendo? Pero hartos sabía que no necesitaba pagárselo; la medrosidad con que él la hablaba, la expresión de sus ojos, se lo decían claramente. No habían cruzado una palabra ambigua, una frase de doble sentido, y, sin embargo, ambos sabían todo, absolutamente todo lo que pensaban y sentían. Y lo que ella experimentaba no era gratitud, sino algo más grande y poderoso, más avasallador del ánimo, pero inconfesable: un sentimiento que jamás saldría en palabras de sus labios... ¡Qué felices podían haber sido! Ciegos, ciegos y tontos, que habían vivido casi juntos sin conocerse... De improviso volvió su pensamiento hacia la muerte. ¡Pobre madre! ¡Cuántos recuerdos! Y ahora... cuatro tablas, ella inmóvil, inanimada, fría; ¡encima mucha tierra, y la noche eterna! ¿Habría otra vida? Los seres que aquí se han querido, ¿volverán a encontrarse en un mundo mejor, ó será el alma como estela que se borra y sonido que se extingue?... ¡Cuán necio es pretender adivinar lo incognoscible que está al otro lado de la muerte!

Perico se acercaba andando de prisa por la carretera. Plácida lloró, á un tiempo mismo y sin consuelo, la madre muerta y el amor imposible.

JACINTO OCTAVIO PICÓN

DIÁLOGO CURSI

—No me hables; inútil es. Contigo enfadada estoy.
¡A mí, que tan buena soy, no haberme escrito en un mes!
¡Nunca! ¡Nunca te perdono!
—No así juzgues mis acciones sin ver antes las razones que tengo, Luisa, en mi abono.
—¡En tu abono! ¡Y aún tu audacia de ese modo te disculpa!

mozo del lugar y el hortelano llevaban á hombros el féretro. Seguían á éste el alcalde, que procuraba caminar con un paso de delantera; el cura, el médico del pueblo y Perico; y tras ellos, en confuso tropel, la gente comarcana, formando multicolor conjunto de chaquetas pardas, refajos de matices chillones, mangas blancas de camisa, pañuelos de hierbas, sombreros de pana y moños de picaporte. Algunas viejas rezaban, otras refunfuñaban, los zagalones miraban á las mozas, los hombres más entrados en años iban inspeccionando con codiciosa mirada el estado del campo, y todos con su ligero andar alzaban una nube de polvo, que el sol poniente iluminaba. Al paso de la comitiva los cerdos se ahuyentaban gruñendo, los arrieros detenían á las bestias y los trajinantes replegaban á un lado las carreteras. A lo lejos se oía el pausado y lento doblar de las campanas de Orejuela.

Desviáronse luego del camino, y por una senda abierta entre una era y unos rastros quemados, llegaron al pobre cementerio. Tras sus terrosas tapias se erguía un solo ciprés negruzco, alto y endeble, cuyo vértice se movía mecido por el airecillo de la tarde. Los rayos del sol, próximo al horizonte, parecían arrastrarse por los surcos, tendiendo á larga distancia las sombras de personas, y la esquila de la capilla sonaba á rajada.

Al penetrar en el recinto de la tierra del sueño eterno todos se descubrieron, y los chicos, movidos de curiosidad, apretaron á correr para tomar puesto á los lados de la fosa.

Se abrió la caja, cantó el cura un responso, y el hortelano, cerrando el ataúd, entregó la llave á Perico, quien no se movió de allí hasta que los enterradores rellenaron la hoya, igualándola con el nivel del piso.

Cesó la campana de tocar á punto que se ocultaba el sol, y chicos y grandes echaron á la desbandada cues a abajo; los grandes riendo, pasada ya la fugitiva impresión de la muerte, y los chicos jugando á pedrada limpia por la extensión del llano.

Plácida, que se subió con el niño al piso segundo de la casa, permaneció asomada á un ventanón mirando desde allí tristemente cuanto le permitieron la distancia y las lágrimas. A poco de dispersarse la comitiva vió venir á Perico por la carretera con el médico, el cura y el alcalde: luego se separaron y avanzó solo, mientras ella, abrazando al niño, se quedaba profundamente pensativa...



¡APUNTEN!

—Señora, yo soy viudo y... ¡Dios mío! ¿Cómo le haré la declaración?... ¡Ah!

—¡Si tú has tenido la culpa de todo!—¿Yo?... ¡Tiene gracia!
—¡Vamos, calma tus enojos; si no, creeré, en mi aflicción, que tienes el corazón tan negro como los ojos!

—Al fin tendré que ceder. ¡Se engaña tan fácilmente á una muchacha inocente que sólo sabe querer!...

—Recobra tu dulce calma y escucha sin amargura los ensueños de ventura que para ti forja el alma...

Hay en el mundo un lugar misterioso, encantador; todo en él respira amor, todo en él convida á amar.

Cuanto el corazón aprecia, cuanto el deseo apetece, en su seno nos ofrece la romántica Venecia.

Allá iremos ¡oh mi bien! y allí nuestro inmenso amor la hermosura hará mayor de aquel encantado edén...

Cuando al ocultarse el sol en el azulado mar las olas vengán á dorar con espléndido arrebol, y sus rayos solitarios cruzando el aire incoloro adornen con nimbos de oro cúpulas y campanarios; cuando dulce y lastimero como un lánguido gemido, vague en el viento, perdido, el canto del gondolero, y, al fin, Venecia en el manto de la noche se sepulte y á nuestros ojos se oculte con su riqueza y su encanto, entre tiernas barcarolas llenas de amor y alegría, nuestra góndola sombría surcará las mansas olas; mientras con dulce rumor las ondas al murmurar vienen, Luisa, á acompañar nuestras palabras de amor; mientras que la blanca luna su faz pálida retrata en las espumas de plata de la límpida laguna... y envueltos de la neblina en los transparentes tules, sobre las ondas azules que riza el aura marina, ebrios, locos, delirantes, de su amor en el exceso ¡se fundirán en un beso dos corazones amantes!...

Mas ¿qué es eso? ¿Te has dormido oyendo la relación con que animarte he querido?... ¡Como hay Dios que me he lucido, niña de mi corazón!

ATAULFO FRIERA



¡FUEGO!

Y quisiera ponerme con usted en condiciones de poder enviudar otra vez... ¿Eh?

¡ALLÍ VIENE!



La pobre acude á mi cita...
¡Qué graciosa! ¡qué bonita!
¡Qué pié tan ligero y breve!
¡Parece una pajarita
de la nieve!

CHIRIGOTERÍAS

Calinez tenía vivísimos deseos de tener hijos, y el cielo le ha concedido ya dos.

Llevó á su mujer un año á San Sebastián; los baños la probaron bien, y á los nueve meses tuvo un chico, al que puso por nombre Sebastián.

El verano pasado llevó á su esposa á Santander, deseoso de aumentar la prole. Ya ha tenido otro vástago, y se ha empeñado que ha de llamarse Tander.

Porque es lo que él dice:

—Para mí, tan santo ha sido San Tander como San Sebastián.

Diálogo de dos abonados á un teatro por horas:

—Yo he oído decir al maestro que esa chica da el sol.

—Yo no sé si dará el sol; lo que puedo asegurarte es que es capaz de pedir la luna.

Gedeón tiene el proyecto de poner una carpintería, y con este motivo decía ayer á un amigo suyo:

—Ya lo tengo todo casi dispuesto; he tomado una casa en la calle de la Madera; he contratado unos cuantos actores que llevan tiempo dedicados á las tablas; he comprado varios cepillos en una perfumería; estoy en tratos para adquirir la Sierra Nevada, y voy á ver si encuentro un buen perro de Terranova para que menee la cola.

CONSEJO MÉDICO

—¡Ay, doctor, cúreme usted,

porque me encuentro fatal!

—¿Qué padece usted?

—No sé...

Ello es... que me siento mal.

—Bueno, pues esté usted en pie.

En una estación:

—Caballero, en ese coche no puede usted ir. Es reservado para señoras.

—Pues por eso precisamente he entrado en él; porque para las señoras no puede usted figurarse lo reservado que yo soy también.

El chico mayor de Gedeón es muy travieso, y, según afirma su padre, muy listo.

Tiene una memoria... bestial.

Basta que le digan las cosas una vez para que nunca las olvide.

Un día se entretuvo en cortar los índices de unas cuantas obras que su padre tenía.

—Pero, Gedeoncito, ¿qué has hecho? ¿No comprendes que cortando el índice á una obra, cuando desee ver alguna cosa me va á ser muy difícil encontrarla?

Pues bien, Gedeoncito ha leído en un periódico que una señora se cogió los dedos de la mano derecha al cerrar una puerta, teniendo los médicos que cortarla el índice.

—¡Pobre señora! exclama Gedeoncito. ¡Qué trabajo va á costar el encontrarla ahora lo que uno desee ver!

¡COMO ESTÁ EL TIEMPO!

Casó Pepe con Susana
hace tres días apenas,
y ayer me ha escrito diciéndome
que tiene á Susana enferma.

Dos madres hablan del porvenir de sus hijos.

—Yo quisiera que el mío fuera magistrado, dice una.

—Pues yo no estaré satisfecha, dice la otra, si no veo al mío algún día de ministro.

—¡Oh! desengáñese usted, señora; un magistrado vale por tres ministros... cuando menos.

—¿Cómo es eso?

—Ya ve usted. Con tres magistrados se puede formar una sala, y con nueve ministros no se puede hacer más que un gabinete.

TELLO TELLEZ.

¡AQUÍ ESTOY!



Paco me dejó plantada
y se fué sin más razón;
y hoy Pepe me da un plantón,
que ya me tiene escamada.

Llámense Pepes ó Pacos,
porque no importan los nombres,
¡qué pájaros son los hombres!...
¡¡pajarracos!!

¡ALLÁ VA!...



¡No me cabe duda, es Rita!
Qué fea está... ¡pobrecita!
desde que está con aquel...
¡Parece una pajarita
de papel!

PROPIO Y AJENO

En un juicio:

El acusado le ha pegado una paliza á su mujer.

Es su costumbre de todos los días.

El Juez.—¿Jura el procesado decir verdad á lo que se le pregunte?

—Sí, señor.

Levante la mano y acérquese á la mesa.

El reo titubeando:

—Señor Juez, la verdad... Yo no me atreví á levantar la mano á usía. ¡Si fuera á mi mujer!

ADVERTENCIA

Con el presente número

Regalamos

á todos los suscritores y compradores de

Los Madriles

el índice y la cubierta para encuadernar el tomo primero, que comprende los números 1.º á 65.

La cubierta, original del reputado dibujante A. PONS, es de un gusto delicadísimo, como ustedes mismos pueden apreciar. Lleva cuatro estampaciones: una en

Oro (de ley)

Y TRES EN COLORES

¿Verdad que el amigo Pons se ha excedido? Ha hecho un trabajo propio para una publicación de gran lujo y elevadísimos precios, sin tener en cuenta que LOS MADRILES es sumamente modesto, y que sus precios lo son aún más. Pero ¡qué demonio! lo ofrecido es deuda, y por

15 céntimos

damos hoy el número 67 de

LOS MADRILES, EL ÍNDICE Y LA CUBIERTA

que deben ustedes reclamar á los vendedores, sin consentir el aumento de precio, desde esta fecha hasta el 17 del corriente.

Pasado este día, costará el presente número sin índice ni cubierta

25 céntimos

como todos los atrasados; y la cubierta con el índice

Una peseta

ni un céntimo menos; con que ya lo saben ustedes: mucho ojo, y reclamar con tiempo este regalito.

N. TA. Debemos advertir á los encuadernadores que los tomos de este periódico deben encuadernarse á la inglesa; esto es, delantera y pie solamente escofinados; de cabecera pueden cortarse, aunque poco, brufir ó dorar este corte, pues haciéndolo así evitan el *deguello*, y el estropear las numerosas alegorías marginales al meter la cuchilla por el pie y delantera. La cubierta debe servir de portada, y á continuación debe ir todo el índice, por supuesto.

Ya están ustedes advertidos; luego no valen las excusas.

REGALOS

LOS MADRILES, que es espléndido de suyo, hará este año los siguientes regalos á todo el que los quiera:

1.º A los que se suscriban ó renueven su abono por un año, desde 1.º de Enero de 1890, un ejemplar de las

Tardes de Abril y Mayo.

libro original de Carlos Fernández Shaw.

La edición de esta obra es de un lujo extraordinario, fotografados directos de acuarelas de Cuchy, papel marquilla y cubierta Japón legítimo, de la manufactura imperial de Tokio, y que vale tres pesetas.

2.º A los que asimismo renueven ó se suscriban por seis meses desde igual fecha, un ejemplar de

El espejo del alma.

precioso poema de Julio de las Cuevas, también con ilustraciones de Cuchy, y cubierta fantasía en varios colores; y otro ejemplar de la interesante obra

Toros y chimborazos.

escrita por el insigne poeta José Velarde.

Cada uno de estos tomos vale una peseta. De modo que á los que abonen nueve pesetas, por

todo el año 90 le regalamos valor de tres pesetas, y á los de semestre valor de dos pesetas, con lo cual resulta que la suscripción viene á salirles á DOS REALES AL MES! ó no hay matemáticas.

NOTAS. Para obtener estas ventajas es preciso hacer las suscripciones directamente á esta administración, acompañando su importe.

De estos regalos solo disfrutarán los suscritores de Madrid y provincias.

Los números 1.º, 7.º, 24, 28, 35, 43, 44, 50 y 63, que se agotaron, se hallan en reimpresión y muy pronto habrá ejemplares para completar las colecciones y servir los muchos pedidos que nos tienen hechos.

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y muy reconstituyente. Treinta y siete años de uso general y favorable.

Depósito central: Jardines, 15, Madrid.



LIBRERIA
DE LA
VIUDA DE POZO, É HIJOS
obispo, 55, Habana.
Agentes en Cuba para la suscripción y
venta de
Los Madriles.

J. NAVARRO REZA
Latigazos
[Poemas microscópicos.
Un volumen ilustrado, y cubierta fantasía,
UNA PESETA]

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

El Consejo de Administración, según lo prevenido en el art. 25 de los Estatutos, ha acordado convocar á los señores accionistas para celebrar junta general ordinaria el 16 del actual, á las once de la mañana, en Barcelona, en el domicilio social, Rambla de Estudios, núm. 1, principal, con el objeto de aprobar el balance y cuentas del 13.º ejercicio social, que terminó en 31 de Diciembre de 1889.

Según lo dispuesto en el art. 26 de los Estatutos, sea cual fuese el número de los concurrentes y el de las acciones representadas, se constituirá la junta gene-

ral y se celebrará sesión con plena validez legal.

Para tener derecho de asistencia se necesita depositar en las Cajas de la Sociedad, con arreglo al art. 27, cincuenta acciones cuando menos, cuyo depósito podrá efectuarse en Barcelona hasta el 15 de Enero y hora de las seis de la tarde: en Madrid, en la delegación del Banco (Infantas, 31), hasta el 13 de Enero y tres horas de la tarde, y en provincias, en casa de los corresponsales del Banco, hasta el 11 del mismo mes, cuyos centros expedirán los resguardos y papeletas de entrada á los depositantes.

El derecho de asistencia puede delegarse en otro accionista, para cuyo efecto se facilitarán ejemplares de poderes en los puntos donde se admiten depósitos.

Los socios que no poseen individualmente cincuenta acciones, podrán, según el art. 27, reunirse y confiar la representación de sus acciones, cincuenta cuando menos, á uno de entre ellos.

Lo que, de acuerdo del Consejo, se anuncia para conocimiento de los interesados.

Barcelona 2 de Enero de 1890.—El Secretario general, *Aristides de Artiñano*.